

lidario al cual asistimos, y de cuyo cumplimiento abrigamos la confianza.

Pero antes de esto, debia dar el Racionalismo un paso mas, ir hasta el límite extremo del error, del que no era el Sincretismo la mas acabada forma. El espíritu de error habia negado sucesivamente á Cristo, la Iglesia, á Dios, al alma, y acumulado luego estas negaciones en una afirmacion de la fuerza, grandeza y legitimidad de la razon humana en todos sus delirios y atentados.



CAPITULO III.

PANTEISMO Y CRISTIANISMO; CONSECUENCIAS SOCIALES.

Rápidamente desarrollamos el error en Francia; pero como es país católico por excelencia, no existe en nosotros el principio del error, y solo es una importacion de las naciones protestantes.

Así hemos visto que Voltaire, con ser tan *libertino*, segun la expresion de su tiempo, fué á Inglaterra á buscar entre los socinianos el ingerto del Filosofismo.

Mas tarde vimos que la escuela protestante escocesa dió los gérmenes del Racionalismo.

Hoy, el protestantismo aleman es el encargado de inyectarnos el veneno del Panteismo.

Y aquí se confirma singularmente lo que hemos querido demostrar, á saber, que el Protestantismo es, en nuestros dias, el principio generativo de la negacion en todos los grados. A mucho se habian estendido en Francia el Filosofismo y el Racionalismo; gran trastorno, ruido y mal hicieron, sobrepujando al Protestantismo que en cierto modo podia negarlos, y sin embargo, al mismo tiempo veíase que el Protestantismo adelantaba mucho mas en el camino del error, llegaba al tér-

mino antes que ellos, y á él le tocaba darles la lección y el ejemplo del Panteísmo.

Mas ¡cosa admirable es la que intentamos esponer en toda su claridad á la atención de nuestros lectores, como una de las mas palpitantes pruebas de la divinidad del Catolicismo! solo este puede preservar de tan monstruoso error; así que el Protestantismo apenas salió de la Iglesia cayó necesariamente en dicho error.

Vamos á entrar aquí en un órden de cálculos especiales que absorberán nuestra atención, haciéndonos olvidar aparentemente la marcha que seguíamos; pero que al fin nos volverán á ella, con el peso de una convicción superior y consumada.

En cambio de la atención que pedimos, prometemos ser tan precisos y claros como nos sea posible:

I. Dios es el principio necesario de todo lo que existe; nada hay que sea Dios, sino Dios mismo.

De ahí viene que haya en la unidad de todos los seres un dualismo necesario, una parte que los asemeja á Dios, y otra que los distingue.

Este ministerio que hallamos en la raíz de toda existencia creada es el fondo de todos los misterios, y el punto de partida de todas las grandes aberraciones del espíritu humano separado de la fé católica.

Porque, ó busca la razón de los seres finitos en su causa necesaria, que es el Sér infinito, y la idea de este Sér, de la cual se posee, le hace que al fin no conciba ni admitir quiera otra realidad que Dios: lo contingente, lo variable le parece entonces un sueño, y entra en el Panteísmo idealista.

O bien, queriendo explicar el fenómeno de la existencia por sus condiciones variables, pierde de vista el principio necesario: Dios se le escapa; lo niega y entra en el Naturalismo, de donde por lo comun vuelve á caer en el Panteísmo materialista.

El Panteísmo ó el Naturalismo, lo finito absorbido en lo Infinito, y este en lo finito, tal es el doble término de las investigaciones del espíritu humano, cuando por sí quiere darse cuenta del problema de la existencia.

Así vemos el Panteísmo ocupar todas las regiones no ilustradas por la revelación, ya antes, ya despues del Cristianismo; bajo la forma mística é idealista en todo el Oriente; bajo la filosófica y mitológica en todo el Occidente del mundo antiguo, y despues del Cristianismo, bajo la forma dogmática en todas las heregías que se siguieron. La Iglesia sola, en los tiempos modernos, y la Sinagoga, que es la Iglesia de los tiempos antiguos, la tradición mosaica cumplida por el Cristianismo y continuada por la tradición católica, fueron las únicas que recibieron y guardaron la solución del problema, el secreto de la distinción absoluta y también de la unión íntima de lo Infinito con lo finito, de lo Sobrenatural con lo natural, de lo Divino con lo humano, sin las cuales solo puede haber trastorno, nada ó caos en las sociedades humanas.

El gran dogma de la creación domina desde luego toda la tradición mosaica, y este dogma constituye la distinción entre lo Infinito y lo finito, lo eterno y lo que tuvo un principio, el Sér, *que es quien es*, y los seres sacados de la nada, que no *son* pero que *existen*. —“Al principio de nada hizo Dios el cielo y la tierra.”

Tal es el dogma capital que pone el abismo de la nada entre el Sér y los seres, y que, elevando al Sér mas allá de todo principio hace imposible toda confusión entre El y nosotros.

No se desviaron de la revelación primitiva para entrar en el Panteísmo las religiones y filosofías de la antigüedad, sino á costa de perder el conocimiento del dogma de la creación; y en nuestros dias la negación

de este dogma constituye el punto de partida de todos los sistemas del Racionalismo.

Entre el pueblo judío, el conocimiento de este gran dogma habíase firmente sostenido por la tradición sagrada, y sobre todo, por la institución del día del *Sabbat* y del año *sabático*, cuyas obligaciones y privilegios imprimían y renovaban vivamente en el alma de aquella nación el recuerdo de la creación con el sentimiento de su importancia. La enseñanza de este dogma era el fundamento y punto de partida de la instrucción religiosa de este pueblo, y hasta en los últimos tiempos vemos de ello un ejemplo conmovedor en las exhortaciones de la heroica madre de los Macabeos á sus hijos, animándolos al martirio. "*El Criador del mundo*, decía á uno de ellos, que ha formado al hombre, y que ha dado origen á todas las cosas, os volverá el espíritu y la vida por su misericordia, en recompensa de lo que ahora vais á hacer obedeciendo su ley."—"Hijo mío, decía al más pequeño, inclinándose para hablarle secretamente, os conjuro á que miréis el cielo y la tierra, y todo lo que encierran, y á que entendais bien que Dios los hizo de la nada, lo mismo que á todos los hombres." (Mach, lib. I, cap. VII.)

Esta distinción entre el Sér y los séres, entre el Criador y las criaturas, se reproducía en todas las relaciones de Dios con su pueblo. Ese diálogo continuo, ese altercado, si me atrevo á decirlo así, incesante, en las acciones como en las palabras, esa gran personalidad de Dios que enseña, que exhorta, que amenaza, que perdona, que hiere, que salva, que solo conduce á su pueblo por medio de su libertad que él mismo respeta, por su responsabilidad siempre en acción, por su personalidad siempre en juego, son harto exclusivos del Panteísmo y del Fatalismo. La omnipotencia de Dios y la libertad del hombre se confrontan sin cesar en la religión judía, á dife-

rencia de lo que sucede en todos los demás pueblos en los que el destino y el dogma de la fatalidad pesaban sobre la existencia humana, paralizaban toda espontaneidad moral, y autorizaban todos los desarreglos.

Pero este no es más que uno de los lados del problema. La unión de lo Infinito con lo finito no importa menos que su distinción, y en la relación de esta unión y esta distinción, es donde por lo regular naufraga la razón humana. La fatalidad la arrastra. Lo Infinito nos atrae á pesar nuestro. Estamos de tal modo hechos para Dios, que cuando no podemos unirnos á él, vamos á perdernos sin él; y el más seguro medio de perdernos, es el de querer aislarnos de él, porque este aislamiento nos reduce á nuestra propia debilidad, menos fuerte que el vértigo de nuestra grandeza. No hay más que un modo de salvarnos de lo Infinito, que es aceptar su socorro contra él mismo; y tal es el objeto de la verdadera *religion*, en la que lo Infinito nos tiende la mano para unirnos más y más á él, sin absorbernos jamás.

Solo en esta religión se han mantenido perfectamente y una por la otra, y una en la otra, la unión y la distinción de lo finito y de lo Infinito; porque no podría haber esa unión sin esa distinción, y esta se ejerce en la unión misma.

Dos alianzas, dos *testamentos* se invocan y recuerdan siempre en las sagradas Escrituras, que, á este efecto, han tomado el nombre de *Antiguo y Nuevo Testamento*. Tuvo lugar una de estas alianzas en el monte Horeb, por la promulgación de la antigua ley en expectativa de la otra, que debía verificarse con la plenitud de los tiempos, y comprender á todas las naciones.

En la primera de estas alianzas domina la distinción, y el rayo con que Jehová hace preceder la promulgación de su ley imprime vivamente el terror en el alma de su pueblo. Pero no está exclusiva la unión; porque la ley

misma, los compromisos de serle fiel por parte del pueblo, las bendiciones que también Dios se obliga á dispensar á su pueblo, en recompensa de su fidelidad, constituyen una *alianza* admirable, en la que hallamos el bosquejo de la solución del problema, que consiste en distinguir sin separar, y en unir sin confundir lo finito con lo Infinito.

Pero lo que constituía sobre todo la antigua alianza era la promesa que cien veces renovó Dios, sin cesar esperada por los hombres, de una alianza más perfecta, en la que el misterio de la unión de lo Infinito y lo finito debía consumarse por medio de un prodigio de la sabiduría y misericordia de Dios hacia la naturaleza humana.

La promesa de esta alianza, que data del primer hombre, y que sucesivamente había sido renovada á todos los patriarcas, no la borró la alianza que más tarde se verificó en todo el pueblo. No; porque en esta misma alianza encerrábase la promesa; y nunca se halló esta en mayor vigor.

“Días vendrán, dijo el Señor, en que haré *nueva alianza* con la casa de Judá: (1) no semejante á la que hice con sus padres, la cual estos han violado, y por ello les hice sentir mi poder. Ved aquí el pacto que haré con la casa de Israel, cuando lleguen esos días: imprimiré mi ley en sus entrañas y la escribiré en sus corazones. Seré

(1) La casa de Judá y la de David representan, en el sentido de la promesa, todo el pueblo judío, como éste todos los de la tierra, toda la naturaleza humana: *In te benedicentur UNIVERSE COGNATIONES TERRÆ.—Benedicentur in semine tuo OMNES GENTES TERRÆ. Benedicentur in te et in semine tuo CUNCTE TRIBUS TERRÆ.—Non auferetur sceptrum de Judá, donec veniat qui mittendus est, ET IPSE ERIT EXPECTATIO GENTIUM.* (Gen. caps. XXVI, XXVIII, XLIX.) Luego se particularizó la promesa en cuanto á su héroe Jesucristo, á su nación, raza y familia; pero quedó general y universal en su objeto, como tan prodigiosamente lo han demostrado los sucesos.

su Dios, y ellos serán mi pueblo.” (Jeremías, cap. XXXI, v. 31, 32, 33.)

¡Qué alianza tan conmovedora! Imposible fuera expresarla en términos más vivos y fuertes! “Seré *su* Dios, y ellos serán *mi* pueblo.” Dios y el hombre, lo Infinito y lo finito deben unirse, más aún, penetrarse, poseerse recíprocamente, y por esto mismo sin confundirse; porque la acción personal, *posesiva*, de cada cual, será el agente de esta penetración: “Seré *su* Dios y ellos serán *mi* pueblo.”

¿Y cómo tendrá lugar ese prodigio? ¿Será preciso aguardar á que se efectúe para saberlo? No; la profética promesa va á decírnoslo; escuchad:

“El mismo Señor os dará un prodigio. Sabed que la Virgen concebirá, parirá un niño que se llamará EMMANUEL, que quiere decir, DIOS CON NOSOTROS.”

Hé aquí la unión maravillosa, la solución admirable del gran misterio de la existencia, expresada por solo esta palabra: EMMANUEL.

Y para que los dos términos de la mediación, lo finito y lo Infinito, sean perfectamente distintos en la consumación misteriosa de su unión, oíd lo que nos dice el profeta:—Nos ha nacido un niño, nos han dado un hijo (el que debía en efecto llamarse Hijo del hombre.) Sobre los hombros lleva su principado, y le llamarán ADMIRABLE, CONSEJERO, DIOS PODEROSO, PADRE DE LA ETERNIDAD, PRÍNCIPE DE LA PAZ.” (Isaias, cap. IX., v. 2, 3, 6.

Nunca en las sagradas escrituras se ha prodigado, acumulado, y por decirlo así, colocado las más altas y soberanas atribuciones del nombre *incomunicable* como lo están aquí al tratarse de ese *niño que nos ha nacido*, como para hacer contrapeso á la humillación por la grandeza, á lo finito por lo Infinito, y para que los dos términos sean profundamente distintos, al mismo tiempo que íntimamente unidos. Aquí no hay modo de enga-

ñarse; porque ese niño es el *Padre de la eternidad*, y de ambos términos se forma un solo *Emmanuel*. El mismo cielo y la tierra se unen sin confundirse para darlo á luz, segun estas proféticas y admirables palabras: “Cielos, destilad vuestro rocío de las alturas, y que las nubes hagan llover al JUSTO: la tierra se abra y germine al SALVADOR; y que tambien se eleve la JUSTICIA.” *Rorate caeli, desuper, et nubes pluant Justum: aperiatur terra et germinet Salvatorem et Justitia oriatur simul.* (Isaias cap. XLV, v. 8.)

Admirad ahora la conciliacion del suceso, y la maravillosa marcha de esa gran solucion del problema de la union sin que se confundan la naturaleza divina y la humana, dada solo por el Cristianismo católico, fuera del cual quedó el escollo fatal de todas las religiones y de todas las filosofías.

Háse cumplido el suceso. El niño, esta semilla de la muger anunciada á la primera muger, este *Hijo de la Virgen* mostrado por Isaias, *Emmanuel nos ha nacido*. ¿Cómo se verificó esto, y cuál es su historia?

“Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. *Todo ha sido hecho por él*; y nada de lo que ha sido hecho se hizo sin él! En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres, la verdadera luz que acompaña la venida al mundo de los hombres. El estaba en el mundo, *é hizo el mundo*, y este no le conoció . . . y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros; y hemos visto su gloria, como Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad. (Evangelio segun San Juan, cap. I.)

Ved por qué declaracion sublime de la genealogía divina del Verbo, de su omnipotencia creadora hace el Evangelista preceder estas palabras: *y el Verbo se hizo carne*, con las que espresa su union con nuestra naturaleza, recordando el dogma de la *Creacion* en el momen-

to en que anuncia el de la *Encarnacion*, para salvar y mantener en el mas alto grado la distincion mas profunda en la union mas perfecta.

Y ved aún en qué términos llevan á la *Virgen* el divino mensaje, para que se operase en ella el prodigio anunciado por el profeta:—“Concebireis en vuestro seno, y dareis á luz un hijo, á quien pondreis por nombre Jesus. Será grande, y le llamarán el *Hijo del Altísimo*, y el Señor Dios le dará el trono de David, *su padre . . .* el Espíritu Santo vendrá á vos, y la virtud del *Altísimo* os cubrirá con su sombra . . . Por eso el fruto sagrado que nacerá de vos se llamará el Hijo de Dios.” (Evangelio segun San Lucas, cap. 1.)

Así, ese fruto único de las entrañas que han de crearlo, es al mismo tiempo, y de una manera distinta, *Hijo del Altísimo é Hijo de David, Hijo de Dios y del Hombre; Dios y Hombre* distintamente, aunque personalmente un solo fruto, un solo Jesus.

Y despues, cuando ese Jesus va á comenzar en la carrera de su apostolado, cuando va á hacer su primer milagro, á invitacion de su madre, á quien hasta entonces habia estado sometido: ved cómo sin dejar de obedecerla en cierto modo, y poniendo la Omnipotencia al servicio de su caridad, como si solo fuese un ministro de ella, y que ella no tuviese mas que designarle el objeto y decirle: *necesitan vino*; ved, digo, cómo en esta union de lo Infinito al finito, que llega hasta la sumision, sin embargo lo Infinito se distingue por estas palabras: *Quid mihi et tibi est, mulier?* “Muger, (no madre, sino Muger, criatura) *qué hay de comun entre vos y yo?*” Lo que no turba á esta madre que estaba en el secreto de esas palabras, y no impide que diga con confianza á los servidores: *Haced lo que él os diga*, ni que el Todopoderoso, su hijo, conceda el milagro á la que le suplicaba lo hiciese. Me limito á estos simples rasgos, y no hablo de las

otras manifestaciones de la Divinidad en Jesucristo, ni de los relámpagos que se escapaban al través de la nube de su humanidad, tales como el testimonio que le rendia el Infierno por boca de los demonios que exhorcizaba; el que le dió el cielo en su transfiguracion sobre el Tabor; y en fin, el que le dió la naturaleza con su trastorno cuando espiró, y con ese grito de duelo que oyeron hasta las naciones paganas: *¡Ha muerto el gran Pan!* (Plutarco, *de los Oráculos que han cesado*)

¡Qué admirable armonía, qué maravillosa solucion tan clara, tan sostenida, tan bien encadenada, tan fiel á sí misma, desde la primera palabra del Génesis, *In principio Deus creavit cælum et terram*, hasta la primera palabra del Evangelio, *Et Verbum caro factum est!*

Promulgando esta sublime doctrina á medida que la heregía daba lugar á ello, la Iglesia ha declarado desde el origen, y mantenido contra todos los ataques é insinuaciones del error, esta creencia que nunca ha vacilado en su seno, que hay en Jesucristo dos naturalezas sustancialmente distintas: la divina y la humana, Dios y el hombre, tan distintos en cuanto á la naturaleza, como cada uno de nosotros lo es de la Divinidad. Como Hijo de Dios es consubstancial á Dios, es Dios mismo; como Hijo de María, es consubstancial al hombre, es el mismo hombre: verdadero Dios, verdadero hombre: tal es la distincion entre lo finito y lo Infinito.

Pero al mismo tiempo estas dos naturalezas distintas se unen, sin confundirse, para formar una sola persona, que es Jesucristo; lo mismo en algun modo que la naturaleza espiritual y la corporal se unen en cada uno de nosotros para formar una sola persona humana.

Tal es el dogma de la Encarnacion, que nos hace ver en Jesucristo á un Dios hombre, separadamente como naturaleza, y junto como persona, y que permite decir que sí, como naturaleza, es separadamente Dios y sepa-

radamente hombre, como persona es entera é inseparablemente Hijo de Dios é hijo del hombre; y que en este sentido María es realmente la Madre de Dios, del Dios hombre, como el Padre celeste es el Padre del Hombre-Dios, y nosotros sus hermanos, sus miembros! cuando lo queremos, *pues no somos mas que uno con él, como su Padre y él no hacen mas que uno.* (Juan, cap. XVI.)

Adorable y profundo misterio, que es la solucion del primero, del mas importante, y por decirlo así, único problema, el de la religion, que consiste en ligar lo finito con lo Infinito, sin que este absorba á aquel. Toda la economía de la revelacion cristiana se reasume en este misterio inicial: Dios es hombre. Los otros misterios no son mas que el desarrollo de este. Siempre se hallan dos términos que la iglesia afirma y mantiene la fé del mundo, conciliándolos al mismo tiempo: lo natural y lo Sobrenatural, lo humano y lo Divino, lo finito y lo Infinito.

Muy bello seria seguir este misterio en todas sus fecundas aplicaciones: digamos solamente que los sacramentos son con respecto á él como irrigaciones en el seno de la naturaleza humana, donde van á comunicarnos los divinos efectos en los diversos estados de nuestra existencia; que el Sacramento por excelencia, la Eucaristía, llamada justamente la estension de la Encarnacion reitera y particulariza en cada uno de los que la reciben la Encarnacion que tuvo lugar una vez, y que, del mismo modo que el Verbo se hizo carne en el [seno de María, así tambien, por decirlo así, se hace nuestra carne incorporándonos la suya, y uniéndonos por ella á su divinidad, sin abserbernos, á fin de que nuestra union con él sea tanto mas íntima y profunda, cuanto recíproca es por la misma distincion. *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, in ME manet et EGO in ILLO*, ¡qué distincion! *Manet in me et*